

Cien crónicas de González Ruano

For Marino GOMEZ SANTOS

"A Dios lo que es de Dios; al César lo que es del César, y para el doctor Barraquer, todos los ojos de esta tierra".

C. G.-R. Conversación con el doctor Barraquer.

Eso es: "Al César lo que es del César, porque eso, precisamente, es lo suyo. A él también, no todos los ojos de esta tierra, como para el doctor Barraquer, ya que para nada los querría; pero si únicamente esos dos que Dios le ha dado, tan abiertos como mágicos e impresionables.

He leído su reciente libro: "Mis cien mejores crónicas", que tan bien ha editado "Biblioteca Nueva". Muchas de las recogidas en este volumen ya las conocía; se las había visto escribir en nuestras tranquilas y tremendas mañanas del "Café Gijón". Algunas estaban escritas sobre las rodillas, entre los fuegos de conversaciones de nuestra tertulia en la terraza de Recoletos. Muchas estaban hechas con la urgencia de cumplir un compromiso de colaborador y muchas también, con la idea no menos urgente e importante, de cobrarlas a la entrega del original. Todas, sin excepción, van marcadas con el sello de la gracia personal y de la pericia profesional que las distingue entre todas.

El, a quien nadie sabrá engañar nunca, tampoco se sabe engañar a sí mismo; por eso muchas veces ha dicho que no sabe escribir cuando tiene dinero.

El es el cronista mágico de lo pequeño, de lo inverosímil: del guante de mujer que encuentra caído en la calle, del farol que permanece encendido a las once de la mañana, del reloj burgués que sigue andando, tirado sobre los escombros. El es, nada más ni nada menos, que un tremendo poeta dedicado a cronista.

En este reciente libro, "Mis Cien Mejores Crónicas", está el artículo a la muerte de Carrere, la "Conversación con 1953" pasando por muchos detalles pequeños que son artículos grandes millonarios de ingenio.

Entre todos yo no sabría citar por ninguno, concretamente. Todos me parecen admirables. Desde el titulado "Señora ¿Se le ha perdido a usted un niño?", que le valió el Premio Mariano de Cavia, hasta esa serie de los dedicados al Café, sin olvidar los necrológicos y los varios de divagación.

González-Ruano, al publicar este libro, exalta lo que le ha dado su renombre literario. A sus crónicas lo debe, efectivamente, y no a sus libros. Pero nada sobra: unos son para hacer un nombre; otros para perpetuarlo.

Es bien triste, pero así es en realidad, que un cronista, por muy fecundo que haya sido, tenga que recurrir al libro, para perpetuarse como escritor. La crónica se muere con el día en que aparece en la prensa sin que nada pueda salvarla como no sea su publicación en volumen, junto con otras.

Por otra parte, estas crónicas de César González-Ruano representan y son algo muy vivo de la vida española de nuestro tiempo, de esas pequeñas vidas y de esas pequeñas cosas tan trascendentales como fugitivas.

El, con esa elegancia y esa cortesía suya, nos dedica a los jóvenes escritores que hemos surgido después de él, este libro que puede ser el manual del cronista de hoy y aún del de mañana.

Y nosotros los jóvenes, como los mayores, tenemos para César González-Ruano amorosa voluntad para acogerlo con la mejor simpatía.